

y sobre el pino, más aire que pájaro,
 un mirlo blanquinegro.
 Vi el mundo reposar en sí mismo.
 Vi las apariencias.
 Y llamé a esa media hora:
 Perfección de lo Finito.

Esta actitud de fidelidad a las apariencias es fidelidad al tiempo, pero no a una idealización del mismo. Paz enaltece al tiempo en el momento de su mayor temporalidad, el instante. De ahí que en su poesía veamos al mundo simultáneamente quieto y en movimiento. El instante lo es por negación de la extensión. El instante no está antes ni después. Pondré unos ejemplos de un bellissimo poema titulado «Cuarteto» (*Árbol adentro*). Dice Paz:

Se disipa, impalpable abecedario
 la rápida escritura de los pájaros

y más adelante:

Es frágil lo real y es inconstante;
 también, su ley el cambio, infatigable;

gira la rueda de la apariencia
 sobre el eje del tiempo, su fijeza

La ley de lo real es el cambio: nada se detiene; lo que vemos y oímos, lo que sentimos y pensamos se transforma. Antes he dicho que el lenguaje de la obra de Paz duda, oscila constantemente, ahora amplío esa afirmación matizándola: esa oscilación no es una inseguridad sino un ir de fijeza en fijeza. Su poesía fija el vértigo de ese tenaz movimiento, es decir consagra, como se ha dicho muchas veces, el instante. No es una paralización, si lo fuera, el instante dejaría de serlo para convertirse en duración, en abstracción, en una idea o imagen que carece de muerte. Yo diría, utilizando una frase suya de una reciente entrevista con Sylvaine Pasquier, que es «el punto en que el principio del cambio se confunde con el de permanencia»⁶. Aún podemos preguntarnos cuál es ese punto. Creo que un par de versos del último poema citado, puede contestar mejor que yo:

El mar esculpe, terco, en cada ola,
 el monumento en que se desmorona.

La terquedad del mar es la misma que la del poeta. Este último fija en unos versos, como el mar, la instantaneidad escultórica de la ola, el movimiento que en otro instante desemboca.

Volviendo un poco al tema del título, quiero hacer observar que Paz siempre parte del cuerpo, lo que significa que no elude la muerte sino que la integra en un mismo latido verbal y físico. En otro poema «Domingo en Isla Elefanta» escribe: .

⁶ L'Express, 1988.

Shiva y Parvati:
 la mujer que es mi mujer
 y yo
 nada le pedimos, nada
 que sea del otro mundo:
 sólo
 la luz sobre el mar,
 la luz descalza sobre el mar y la tierra dormidos.

Más de veinte años después, encontramos, de nuevo en «Cuarteto», dos versos que nos aclaran a qué luz se refería:

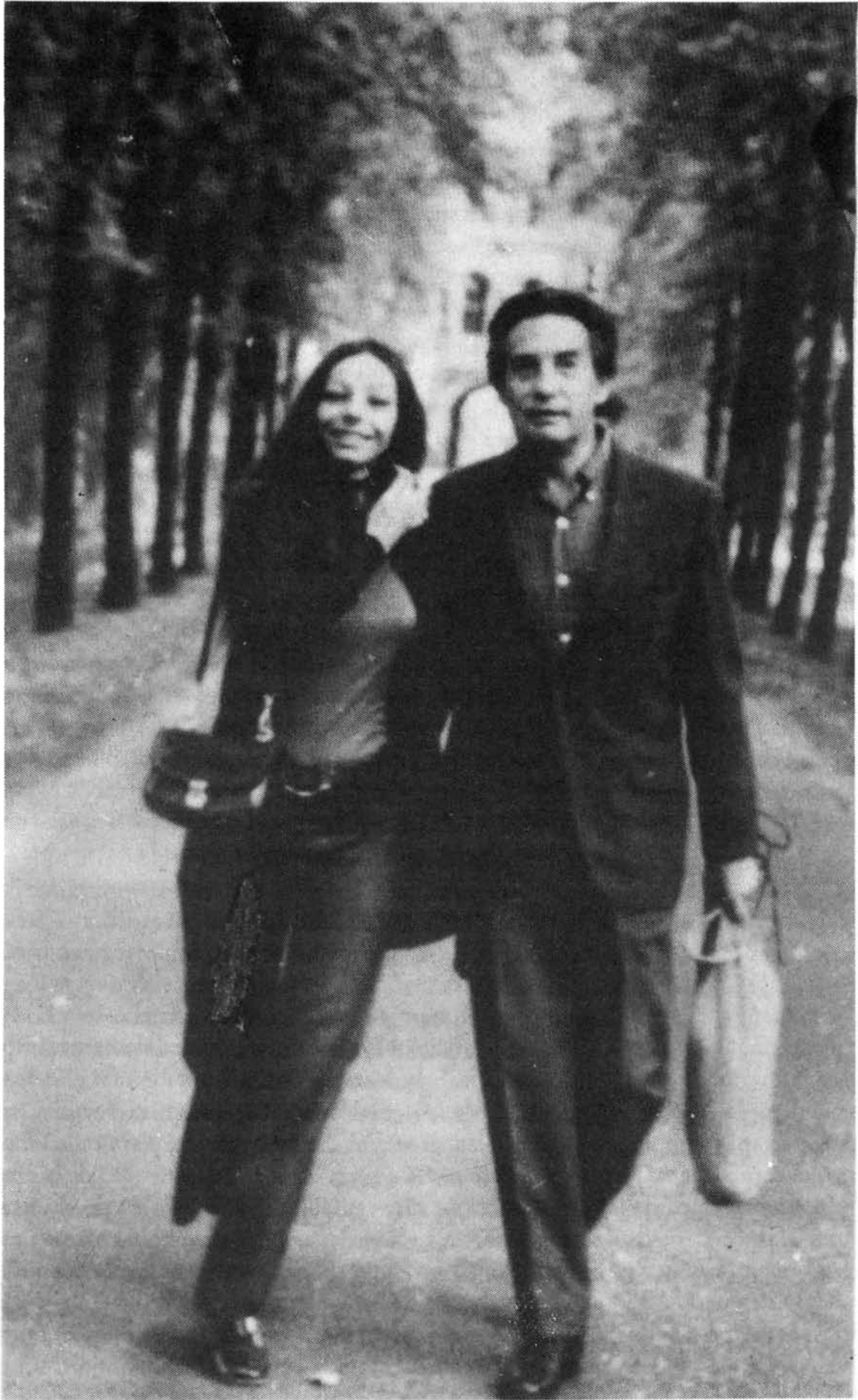
No es la luz de Plotino, es luz terrestre.

No es la luz unitiva, y por lo tanto trascendente del griego, es la luz de todos los días que dibuja el rostro de las cosas y hace del mundo reflejos en los que «nosotros sólo somos cabrilleos».

Un día (debió ser sobre 1970 en unas páginas del *El mono gramático*) Octavio Paz se encontró con una arboleda: intraducible, única y plural. Aunque el poeta siente que merecería tener nombre propio, *arboleda* designa una generalidad, es un nombre genérico; pero al mismo tiempo arboleda es una metáfora de aquello que ven sus ojos: lo que está más allá —más acá— de una realidad que no se nombra, con lo cual se concluye en algo que ya hemos tratado aquí, que las cosas y los seres no son sus nombres. Aunque no con la conciencia y lucidez crítica que podía hacerlo un hombre de nuestro siglo, Miguel de Cervantes descubrió y dramatizó en su famoso personaje, esta escisión. El voraz lector Alonso Quijano, henchido de palabras, se convirtió en Quijote: una metáfora ideal contra la realidad. El *Quijote* es el momento de nuestra literatura en el que las cosas y las palabras se separan. Las aventuras de este héroe de la modernidad son el rastreo y la confrontación dramática y paródica entre las cosas y una realidad que rehúsa la identidad que le propone el signo. Cervantes, en su inagotable obra, hace que un hombre que ha perdido —para el consenso que establece la identidad— la razón entre los libros, alguien que enfrenta los acontecimientos del camino con la palabra leída, una interjección huesuda y encabalgada, un signo de interrogación meditabundo sobre la superficie delirante de la Mancha, hace, digo, que el mundo se divida en dos y la analogía se desgarré, revelándonos, en el espacio que se abre entre el drama y la ironía, un vacío de significado resuelto en ambigüedad. Para la tradición judeocristiana que se desmorona en las páginas del *Quijote*, la palabra es revelación del verbo divino: identidad ontológica que hace coincidir el ser y el nombre. En Octavio Paz las cosas no tienen nombre y nunca podrán tenerlo: enamorado del silencio, escribe en *Corriente alterna*, el poeta no tiene más remedio que hablar. A diferencia del *Quijote*, Paz no ve el mundo desde un ideal ni desde una palabra aprendida. La palabra poética, búsqueda del origen, despoja al lenguaje de sus ideas, o más exactamente, va más allá de ideas y conceptos: se transforma en presencia.

En un libro memorable de Carlos Castaneda, *Relatos de poder*⁷ —autor de varios de los libros más inquietantes y bellos de los últimos veinte años—, se dice que nuestra

⁷ *Relatos de Poder*, FCE, México, 1974.



Octavio Paz con Marie José (Cambridge, Inglaterra, 1971)

representación del mundo se mantiene por nuestra voluntad y que si cesamos en nuestros pensamientos, en nuestra representación, veremos rectamente. No se trata sólo de callar nuestras palabras (el oído y la vista también perciben a través de un código consensuado, aprendido), sino de *callarnos*, habitar en verdad una transparencia.

Frente a la arboleda, no del texto, la que ve fuera, Paz concluye momentáneamente con una frase turbadora: cuando el mundo se queda sin nombres «sobre la tierra no hay medida alguna». De esa realidad sin medida venimos y hacia ella vamos, esa realidad nos habita, es un silencio anterior a todo decir, posterior a toda palabra. Somos una realidad innombrable, un cuerpo que no tocan los hombres; somos, como vemos en la poesía, y en este caso ejemplar en la de Octavio Paz, un cuerpo de palabras que sólo puede ser dicho en su propia corporalidad. «La palabra del hombre es hija de la muerte», dice Paz, es la señal de «nuestro destierro del universo». Si como ha dicho con extrema exactitud, «la muerte es la gran diferencia», la poesía, fijeza que habita la muerte, es la gran conexión. En el poema, en la poesía de Octavio Paz, vida y muerte coinciden en un presente siempre perpetuo.

Termino volviendo al principio: quizás a algún lector de Paz le resulte extraño, conociendo el continuo ejercicio de la razón en su obra, su interés por la filosofía y el análisis, que yo haya llevado la lucidez al cuerpo y no a la razón... Su poesía misma, se me dirá, se aparta de una escritura pulsional entregada solamente al fluir de los sentimientos. Ante estas posibles reservas no voy a repetir lo ya dicho en estas páginas, me limitaré a señalar que los signos cuerpo y no-cuerpo, lógicamente, están en toda su obra; pero su poesía es el reverso de los nombres: no señala un cuerpo, lo hace aparecer en *azul adorable*, su lucidez es una traslucidez. El lector que lee esos poemas y escribe estas páginas, recorre ese cuerpo y sabe que su realidad es inagotable: es el cuerpo del principio, es luz de aquí, terrenal y lúcida.

La historia y el tiempo

No hay historia sin tiempo, pero tanto la poesía como la pasión, el amor o la fiesta —entre otras manifestaciones radicales— parecen postular un tiempo sin historia. Sin embargo, ese instante rescatado de la repetición uniforme, de su dependencia temporal, se despeña una y otra vez: en ese momento de caída, en verdad crítico, el hombre es conciencia de sí y sabe que está condenado a la historia; pero paralelamente, impelido por la irreductibilidad de la memoria, sabe que puede trascender esa fatalidad, sabe que puede negarla, y no solamente desde la negación de un pensamiento crítico, sino, lo que creo más importante, desde la encarnación de esa negación. Esta relación, sin duda tensa, verdadero desgarrón donde se vislumbra la laberíntica soledad de la condición humana, es una de las constantes, y estoy tentado de decir vitales, de la obra de Octavio Paz. Su desvelamiento por formular adecuadamente las preguntas fundamentales sobre esta tirantez entre ambos tiempos, está profundamente relacionado con su condición de poeta. Añado que gran parte de su obra ensayística es un puente —y uno de los más claros y bellos— hacia el poema, hacia la poesía: el lugar del desenmascaramiento de los signos. La poesía no es una máscara que oculta la realidad, sino una presencia que vemos y nos permite ver. Ya hemos visto en las páginas anteriores, cómo